



Julio Casas Araújo, el poeta del Partido Nacional

Lincoln Maiztegui Casas

En los últimos tiempos los historiadores de este país debaten con intensidad sobre la relación entre memoria e historia, e intentan señalar las distancias existentes entre estos dos conceptos. No cabe duda de que la historia, como disciplina científica, o pretendidamente científica, hunde profundamente sus raíces en la memoria, de la cual extrae lo que podríamos llamar la materia prima de su estudio. Pero tampoco puede dudarse de que ambos conceptos no pueden ni deben ser identificados. La memoria social, que no es sino la yuxtaposición de las memorias individuales, es esencialmente subjetiva, expresa una visión de los hechos del pasado que está determinada por la experiencia individual de una o muchas personas, aparece cargada de pasión y no tiene siquiera pretensiones de objetividad, aunque intente ser veraz. La historia en cuanto disciplina, en cambio, aspira —que lo logre o no, es cosa bien distinta— a reconstruir el trayecto de una comunidad sobre pautas objetivas y demostrables, y a formular, a partir de esa reconstrucción, juicios generales sobre determinado período, sobre los hechos que lo componen o cierto señalado protagonista de ese devenir.

Esta diferencia es mucho más clara en la teoría que en la práctica, lo que lleva a prestigiosos intelectuales a negar que la historia sea una ciencia. Porque la objetividad que siempre debe perseguir el historiador es un poco como la perfección; algo a lo que hay que tender, pero con la conciencia de que es imposible de alcanzar. El historiador selecciona los hechos que constituyen el cuerpo de su relato, y en esa selección hay factores de subjetividad indiscutibles (¿por qué esos hechos, y no otros?) que alontan el resultado de toda pretensión científica. Y además, valora y juzga esos mismos hechos, con un criterio que, por honesto que sea, paga tributo —y a veces, un pesado tributo— a las condicionantes ideológicas, filosóficas y políticas del propio reconstructor; e incluso, si se aborda la historia más reciente, a sus propias experiencias y al rol que, por activa o por pasiva, le tocó jugar en esos hechos. De esta forma, nos encontramos con que el mismo período, abordado y analizado por historiadores diversos, suele proporcionar visiones muy distintas, y a veces, antitéticas. El profesor José Rilla acaba de publicar un trabajo por demás interesante sobre este punto, en un libro que se titula *La actualidad del pasado*.

Admitiendo, al menos en la teoría, la pertinencia de la distinción entre memoria e historia, este artículo se situará más en el terreno de la primera que de la segunda, y ello, por varias razones. La primera, porque se evocará a un personaje, a un destacado intelectual que actuó en un momento de la evolución histórica del Uruguay; y más allá de la exactitud de los rasgos

biográficos que aquí se mencionen, la importancia del mismo, el mayor o menor valor de su aportación literaria, el peso o la huella de su trayectoria política, son eminentemente discutibles, y sería tan impropio como frustráneo el intento de objetivarlos.

La segunda, porque quien escribe es sobrino-nieto de dicho ilustre compatriota, lo conoció en el sereno e íntimo entorno familiar y, por lo tanto, ni quiere ni podría aunque lo quisiera, abordar su trayectoria con pretensiones de asepsia o pretendida neutralidad. En definitiva, este artículo versará sobre la memoria que, como descendiente del protagonista, como admirador de su figura y su intelecto, como correligionario de su opción política, guarda en ese apartado rincón de la memoria de que hablaba Rodó, quien ahora la pronuncia.

Vaya, como compensación de todas estas subjetividades, un punto que creo, ese sí, indiscutible: el rescate de una personalidad interesantísima, que contribuyó a enriquecer un determinado período de nuestra cultura y de nuestra evolución histórica, que pasó por esta vida como el sembrador del Larousse, arrojando a todos los vientos una fermental semilla de valores y limpios procederes que lo perfilaron en su tiempo y lo perfilan en perspectiva como modelo de lo que debe ser una existencia cabal —esa que, como afirma el viejo aserto, vivirse debe de tal suerte/que viva quede en la muerte— y en cuya persona se reúnen dos circunstancias opuestas; por una parte, el olvido, un olvido que no vacilo en calificar de injusto; que incluye no sólo su obra de poeta y dramaturgo, sino que alcanza a su dimensión de político y de diplomático. Y por la otra, el privilegio de ser el poeta cuyos versos han llegado a más gente de entre todos los de su generación. Privilegio que lo sitúa, más allá de toda polémica a mi juicio, en el envidiable sitial de máxima voz lírica de una de las grandes fuerzas políticas que forjaron este país: el Partido Nacional.

Seguramente pocos habrán oído hablar del Dr. Julio Casas Araújo; o, como máximo, recordarán alguna referencia lateral perdida en las entrelíneas de algún trabajo sobre los intelectuales de la primera mitad del siglo XX. Pero también, con idéntica certeza, algunos habrán cantado u oído cantar los versos que escribiera para el himno del Partido Nacional, esa Marcha de Tres Árboles que evoca la victoria obtenida por el coronel Diego Lamas sobre el general José Villar el 17 de marzo de 1897, en el inicio de la rebelión que encabezara Aparicio Saravia. Es mi modesta esperanza la de aproximar el autor a su obra más difundida, arrebatándolo de las entrañas, tantas veces inconstantes y teñidas de ingratitud, de esa no-memoria, de esa inmensa fosa común del tiempo y del olvido de que hablaba el poeta francés George Brassens, a yacer en la cual estamos condenados todos, en mayor o menor medida y más temprano que tarde.

Del matrimonio entre Eduardo Casas y María Inés Araújo nacieron, algunos en la ciudad de Minas y otros en el paraje de Casupá, departamento de Florida, donde don Eduardo tenía estancia, diez hijos varones, a saber: Eduardo, Gregorio, Olayo, Santiago, Alberto, Ezequiel, Medardo, Fermín, Julio y Rodolfo; y dos mujeres, Carmen y Luisa. Crecieron en un hogar muy cristiano y muy blanco, y llegaron todos a la edad adulta, guiados por la severa vigilancia de la madre, a la que todos conocían como Mama Inés. Eran gente de posición económica desahogada, aunque no opulenta, y superada la niñez abierta y libre de los niños del campo, se educaron en Minas. La familia Casas tenía profundas raíces en el Uruguay; de origen catalán, llegaron a territorio americano —inicialmente a Entre Ríos y más tarde a la Banda Oriental— en tiempos muy remotos, y Julio Casas Araújo, que durante sus años de embajador en España intentó

reconstruir el árbol genealógico de su rama paterna —trabajo que lamentablemente se perdió por una mezcla de imprudencia e ignorancia luego del fallecimiento de su esposa— decía haber llegado hasta la ilustre figura de fray Bartolomé de las Casas, o sea, hasta el siglo XVI. También los Araújo tenían larga prosapia oriental, como descendientes directos de Basilio Araújo, soldado artiguista y luego baqueano de los Treinta y Tres.

En el hogar de los Casas Araújo se cultivaba el amor por las artes y la belleza en todas sus expresiones. Pero la reina y señora era la música, hasta el punto de que, en cierta época, la sociedad minuana identificaba a los vástagos de esa familia como arquetipo del talento musical innato. Todos los hermanos tocaban algún instrumento y cantaban con afinada sensibilidad; en aquellos hermosos anocheceres, añorados incluso por quienes no los vivimos como un tiempo en el que el mundo, sin radio, televisión ni computadoras, parecía más armónico y el mutuo afecto de la comunidad familiar constituía un bien casi tangible, hermanos y progenitores se reunían, a veces en torno al fuego, a veces bajo el cielo del patio de aljibe y fragantes jazmines, a cantar mazurcas y habaneras, o las dolientes endechas del post romanticismo, acompañados por el piano o la guitarra. Los más dotados, según las narraciones de ellos mismos, en los menesteres melódicos, eran Santiago, abuelo de quien esto escribe, cantor, compositor y guitarrista, que llegó en un tiempo a ejecutar dúos de guitarra y violín con Eduardo Fabini, cuando éste vivía en la casa situada en el paraje que hoy ocupa el parador Salus; Carmen, célebre por su belleza, que era una excelente pianista, y Luisa, que cantaba como los ángeles y se acompañaba en la guitarra con exquisito gusto; de eso sí puedo dar fe, porque llegué a oírla.

De todos los Casas Araújo, tal vez el menos dotado para la música fuera el penúltimo, Julio, nacido el 7 de julio de 1895 en la estancia paterna de Casupá. Por ley de las compensaciones, resultó el más intelectual de todos ellos, convocado irresistiblemente por otro género de música, la que se encierra en los versos ondulantes y rítmicos de la poesía clásica. Finalizado su ciclo escolar, pasó a residir en Minas, y aún estudiante liceal, comenzó a publicar poemas y artículos en el diario *La Unión*, decano de la prensa nacional. En esos años aurorales, estableció una cálida amistad con otros jóvenes escritores y artistas en clernes, entre los que destacaban Juan José Morosoli, que era cuatro años menor que él y provenía de una familia de modestos albañiles, Valeriano Magri, Santiago Dosetti y José María Cajarville.

Junto a otros miembros de su misma generación, llegaron a constituir el movimiento cultural más importante del interior del país, en aquellos años de la segunda década del siglo XX.

Minas tuvo tradición poética y literaria desde los tiempos más antiguos; tal vez desde que el Ilustrísimo prócer don Bernardo Prudencio Berro, una figura a la que el país entero debe aún el reconocimiento que inexplicablemente le retacea, fijó transitoriamente su residencia en la ciudad serrana, a principios de la década del 30 del siglo XIX. Singularmente talentoso y polifacético, don Bernardo fue un poeta de destacada inspiración, aunque algo retórico y ampuloso según el estilo clásico que gustaba cultivar y que tanto contrasta con el romanticismo vanguardista de su malogrado hermano Adolfo. Sin embargo, en los años en que vivió en Minas se nos revela como un versificador fluido y llano, cargado de buen humor y de sana picardía criolla, lo que contrasta con la imagen algo hierática y solemne que rodea su perfil político. Véase, como ejemplo, un fragmento de la "Epístola a Doricio", escrita en Casupá en 1832, que tomo de la magnífica obra de don Aníbal Barrios Pintos sobre Minas:

“Amigos míos amados;
los que en la plaza de Minas
os merendáis las gallinas
que duermen en los cercados;
vosotros, que aficionados
a las campañas de amor
de las niñas el favor
buscáis por modos diversos,
dad atención a estos versos,
si no estáis de mal humor.

No puedo echar en olvido
aquella rica cerveza,
que al subir a la cabeza
alegra al más dolorido.
Y aún conservo en el sentido,
en su original vigor,
el delicioso sabor
de aquellos dulces pasteles
en que difundió sus mieles
la mano misma de Amor.

Más, si he de hablar lo que siento,
lo que más a mí me pica
es de tanta guapa chica
el continuo pensamiento.
No puedo un solo momento
dejar de acordarme de ellas,
ya se me figuren bellas,
ya tiernas y cariñosas,
ya amables y ya graciosas,
ya vivas como centellas.

Siempre fui de condición
que al mirar a las muchachas,
de los pies hasta las cachas
hiervo en dulce comezón.
Yo no sé, en el corazón,
qué me da cuando las veo,
pues siento cierto deseo,
cierta inquietud interior
que no me causa dolor,
como un sabroso recreo.

De alguna forma, don Bernardo Berro inició o impulsó una tradición poética y literaria que no se detendría en muchas décadas. Sus amigos Froilán Machado y Julián Amor fueron también poetas, y todos ellos en conjunto, con José María Muñoz, iniciaron un movimiento teatral cuyas obras se representaban sobre tablonos apoyados en barriles y cuyos agonistas eran ellos mismos; entre las obras que entonces escogieron, se contaban “Flor de un día” y “Espina de una flor”, del español Francisco Camprodón (conocido básicamente por el insoportable libreto de la zarzuela “Marina”, sobre música —esa sí, muy bella— de Pascual Arrieta).

En los años siguientes, la tradición se mantuvo y se ahondó, y desde las sierras comenzaron a llegar voces poéticas de singular altura: la poetisa Olegaria Machado Amor, cuya desperdigada obra habrá que reunir y publicar algún día, su hermano Bernardo, el analfabeto Tomás Pelоче, el prolífico Teodoro Bustamante, Fausto Fernández, apodado “el poeta de las sierras”, Celio Quirici, suerte de payador que no escribía sus versos sino que los cantaba con su guitarra, Juan Escayola (uno de cuyos poemas gauchescos, “Mi rebenque plateao”, sería luego primorosamente cantado por la insigne Amalia de la Vega), y otros tantos que sería largo enumerar. Pero creo que merece una mención el padre Olegario María Núñez, que cantó a la Virgen del Verdún, está enterrado en las laderas del cerro de ese nombre y era capaz de escribir endecasílabos tan sonoros y elegantes como los que dedicó en 1902 a la inauguración del monumento a Lavalleja, obra del escultor Juan Manuel Ferrari:

“Bien estás en el bronce, león minuano,
con tu gesto de heroica rebeldía;
si aún parece que cargas todavía
carabina a la espalda y sable en mano.

Bien estás en el bronce; mas el llano
no es digno pedestal de tu osadía;
tu trono debe ser la serranía
que vio flamear tu poncho soberano”.

Esta floración poética, que por cierto no se agotaba en este género y tenía ramificaciones en la música y la pintura, comenzó a atraer hacia Minas a destacadísimos artistas de aquella proto-bohemia, quienes o bien se radicaban transitoriamente en la ciudad, o la visitaban con harta frecuencia. Entre ellos se cuentan nada menos que Florencio Sánchez —que estrenó en Minas su primera obra dramática, titulada “Los soplados”, la que generó grandes protestas por la manera crudelísima en que eran descriptos algunos conocidos personajes de la sociedad local—, Julio Herrera y Reissig y la incomparable Delmira Agustini, a mi juicio la más alta voz femenina de la lengua española desde tiempos de Santa Teresa de Ávila.

Aquella tradición esperaba el momento de su estallido culminador; y él se produjo con la generación conocida por el nombre de un libro que publicaron en conjunto en 1925: *Bajo la misma sombra*. De ella, fue Julio Casas Araújo animador fundamental.

Manuel Benavente, Santiago Dosetti (que sería mucho más tarde director del SODRE), José María Cajarville (nacido en España, pero residente en Minas desde los 8 años), Valeriano Magri, Enrique Lonzarich, el jovencísimo Juan José Morosoli, Guillermo Quadri (que firmaba sus poemas gauchescos con el seudónimo de Santos Garrido) eran muy distintos entre sí, tanto en preparación académica (Morosoli sólo había cursado hasta quinto año de primaria) como en opciones políticas; Magri y Benavente eran socialistas, y cuando el segundo de ellos publicó en 1916 su primera obra poética, *El jardín de la vida*, estaba prologada nada menos que por Emilio Frugoni. Cajarville y Julio Casas Araújo eran blancos, pero en aquel Uruguay tolerante y risueño que un día se nos cayó de un agujero en el bolsillo, ello no constituía obstáculo para que organizaran en conjunto conferencias, conciertos y veladas artísticas. Tenían en común el propósito de impulsar la literatura nacional, rescatándola del romanticismo tardío que aún cultivaba Juan Zorrilla de San Martín, y se identificaban con los poetas españoles de la generación del 98 —Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez—, con el incomparable Rubén Darío, con José Asunción Silva y, en el plano nacional, con Álvaro Armando Vasseur y Julio Herrera y Reissig. Tal vez tenían más claro contra lo que elevaban sus voces que aquello que pretendían crear, pero eran espíritus inquietos en busca de un sendero propio. De entre todos ellos, el más intimista y lírico era Julio Casas Araújo, quien en 1918, con 23 años y después de publicar decenas de artículos, poesías y textos políticos en los diversos diarios que por entonces se editaban en Minas (el ya señalado *La Unión*, *El Orden*, *Tribuna minuana*), dio a conocer su primer libro de poemas; *El misal de las súplicas*. Contenía un soneto que se hizo justamente célebre, titulado “Vieja casa”:

“Vieja casa, tranquila, sola y triste,
bajo cuyo tejado enrojecido
el polvo miserable del olvido
en eterna quietud aún persiste.

La hiedra milenaria que te viste
te hace un sepulcro mudo y dolorido,
donde el cadáver del ayer querido
duerme el silencio de lo que no existe.

Al darte mi postrera despedida,
añoro los recuerdos de otra vida,
y el llanto empaña de dolor mis ojos.

Cierro en silencio las vencidas puertas
y gimen, enmohecidos, los cerrojos,
como llorando por las cosas muertas”.

La perfección formal y el “pathos” lírico se dan la mano en esta conmovedora evocación del paraíso perdido. A partir de sus primeros éxitos, aquel grupo de amigos solía juntarse en las cercanías del arroyo San Francisco, donde Casas Araújo construiría más tarde su hogar conyugal, a leer y discutir sobre arte y belleza, y a arreglar el mundo. Pero no era aquella la bohemia paralizante y cargada de lasitud que arruinó tantas vidas de artistas potencialmente talentosos; todos ellos, en mayor o menor medida, escribían y publicaban con notable frecuencia, porque no se trataba de cantarle al terruño, a la realidad y a la vida solamente, sino de transformarla. Así, en 1925 se publicó la señalada obra colectiva que ya se ha mencionado: *Bajo la misma sombra*, que contenía textos poéticos de José María Cajarville, Julio Casas Araújo, Juan José Morosoli, Guillermo Quadri y Valeriano Magri. El libro fue ampliamente comentado y elogiado, y las miradas culturales del país giraron hacia las serranías minuanas, desde las que llegaban ecos de renovación. “Ya puede Minas —comentaba Zum Felde desde Montevideo— estar orgullosa de su cosecha lírica, como nosotros estamos alborozados por el advenimiento”.

Más allá de este trabajo conjunto, cada uno de estos artistas emprendió su propio rumbo. Morosoli abandonó la poesía y, con el seudónimo de “Pepe”, comenzó a publicar sus memorables relatos en prosa; Guillermo Quadri optó por la poesía gauchesca, Lonzarich se fue de Minas y se radicó en Argentina, país en el que falleció prematuramente en 1933; y Julio Casas Araújo publicó en 1928 una nueva colección de poemas bajo el título de *Elogio de la primera estrella*, que contiene las que tal vez hayan sido sus obras más inspiradas. El estilo es ahora abiertamente modernista, con claras raíces en Julio Herrera y, salvando distancias, en el formidable Rubén Darío. Véase este “Matinal”, en versos alejandrinos, que a mí, al menos, me trae evocaciones herrerianas de soles bordando en oro divino las faenas, y darianas de bueyes echando vahos bajo el nicaragüense sol de encendidos oros:

“Clara y azul mañana; con qué emoción te siento
reverdecer mi carne y arder la desmayada
hoguera de mi espíritu, caída en desaliento
con el temblor de brisas de tu pantalla alada.

Sobre una lacia tela, en bastidor de sauces,
Finge el remanso quieto estampas de acuarela;
Mientras que por las venas de los dormidos cauces
La canturreante linfa lava la enorme tela.

Azota el buey cansino su musculoso flanco
Con el plumero agreste de la ondulante cola;
Húmedo el belfo sopla un copo de humo blanco,
Y ya al lamerse el anca, tienta una absurda bola.

Por los senderos múltiples muge la res tranquila
Que baja a tardos pasos al bebedero malva.
En tanto aplaude el gallo de férvida pupila
Con un batir de alas, como una loca salva.

Pero otras veces, el poeta es más rigurosamente personal, en su búsqueda de un impacto emotivo construido sobre la concisión y la brevedad, como en “El nadador”:

El cielo es claro y hondo,
estallado con fuego de los astros.
Címbrase la vía láctea
con la flexión de un trampolín, en tanto
la Cruz del Sur —oh nadador celeste
del corazón en llamas—
se arroja hacia los mares de la noche.

Para entonces, —1928— la generación de *Bajo la misma sombra* se había, de alguna forma, dispersado. Casas Araújo y Magri habían fijado residencia en Montevideo, el primero para estudiar odontología —especialidad escasamente poética, desde luego, que sólo llegaría a ejercer esporádicamente, pese a haber obtenido su título— y el segundo para cursar medicina. Viajaban a Minas con frecuencia, en especial a encontrarse con Morosoli, que en el ínterin, había puesto un café denominado “El suizo”, en sociedad con uno de sus tíos y con un amigo apellidado Malaspina, que se convirtió en sede de la joven intelectualidad minuana, cuyos empeños no impedían que se solazaran con los ocho billares del salón y con la orquesta de señoritas que allí actuaba. Casas Araújo, además, frecuentaba la amistad de Fabini, quien

musicalizó, para coro mixto y orquesta, uno de los poemas de su segundo libro, "Visión de las carretas". La amistad con Morosoli fructificó en tres obras de teatro que firmaron en conjunto: *Poblana* (1923), *La Mala Semilla* (1924) y *El Vaso de Sombras* (1926). Esta última, estrenada en Minas, fue más tarde representada en Montevideo por la entonces llamada Casa del Arte, perteneciente al Ministerio de Instrucción Pública. Entiendo que esas obras están perdidas; me agradecería sobremanera saber que estoy equivocado.

Durante sus años de estudiante en Montevideo, Casas Araújo frecuentó a algunos de los principales exponentes de la intelectualidad capitalina, y estableció una cálida amistad con Felisberto Hernández, tan extraordinario escritor como pianista, a quien recibiría muchas veces, años más tarde, en su casa de Cañada de Coto, en las afueras de Minas, y al que ayudaría con frecuencia en sus momentos de estrechez económica. Además, solía frecuentar el Café Británico, emporio entonces de la bohemia artística, donde se hizo aficionado al billar, al dominó y hasta hizo sus pininos como ajedrecista. Intimó, además, con destacadas personalidades, como Manuel de Castro, Montiel Ballesteros, Pedro Montero Bustamante, Carlos Quijano y Francisco "Paco" Espínola, tan blanco como él, que lo visitaría con frecuencia en Minas.

Obtenido su título de odontólogo, Casas Araújo regresó a su serranía natal; Magri se quedó definitivamente en Montevideo, donde realizó una notable carrera científica. De vuelta en el pago, el flamante doctor alquiló una pequeña residencia junto a Morosoli y Emilio Laferranderie (padre del que sería notable periodista del mismo nombre, más conocido por su seudónimo de El Veco) y vivió algún tiempo una existencia de poeta soltero; fue el único tiempo en el que llegó, bien que esporádicamente, a ejercer su profesión de dentista. A principios de la década de 1930 conoció a María Angélica Pintos Ortiz, descendiente de uno de los primeros pobladores de la ciudad, con la que contrajo enlace. Conocida por todos como Cota, era una mujer de extraordinaria fineza intelectual y personal; constituyó con su esposo un matrimonio de eternos novios que, como expresa la solemne promesa conyugal, sólo pudo ser separado por la muerte. No tuvieron hijos.

Por entonces, Casas Araújo era uno de los poetas más reconocidos y promisorios de la realidad nacional. Zum Felde, a quien personalmente no me gusta citar porque me pareció siempre un personaje cargado de pedantería y —lo que es peor— de numerosas mezquindades, pero cuyo prestigio como crítico literario estaba por entonces en su apogeo, había escrito sobre él: "Un temperamento de inclinaciones místicas le da especial maestría a Julio Casas Araújo para la expresión de la profundidad íntima y para las imágenes irreales". Precisamente en esa coyuntura de su existencia, de manera casi inexplicable, dejó de escribir para dedicarse de lleno a la actividad política. Hasta donde llegan los conocimientos de quien esto escribe, en el resto de su vida sólo publicó un cuento, titulado "Chumingo", escribió un ensayo sobre "El gaucho y la soledad" y compuso la letra de la marcha "Tres Árboles". La metamorfosis puede resultar asombrosa en un poeta que no había mostrado, hasta ese momento, particulares inquietudes sociales, y había construido su universo espiritual a partir de un intimismo sin fisuras. Sin embargo, dejó que la pasión política quemara su inspiración de lírico impenitente, y abrió una nueva etapa —por cierto, no menos fecunda que la anterior— de su trayectoria.

Lo llevaba sin duda en la sangre. Sus hermanos mayores habían combatido en la guerra civil de 1904, y uno de ellos, Olayo, había obtenido destaque en las fuerzas saravistas; de hecho, fue encargado por el propio Aparicio de la delicada misión de vigilar la seguridad de un grupo de prisioneros colorados que habían caído en la batalla de Fray Marcos, entre los cuales se encontraba el que sería mucho más tarde presidente de la República, don Tomás Berreta. Éste había



tenido un fuerte altercado con Mariano Saravia, y de alguna manera, Olayo Casas Araújo le había salvado la vida; cosa que Berreta, en un gesto de nobleza que nos retrotrae por fuerza a tiempos de superior hidalguía y nobleza, intentó retribuir durante su breve mandato, ofreciéndole ayuda en momentos de estrecheces. Julio, mucho más joven, debió desempeñarse en un momento histórico distinto, pero su protagonismo llegó a ser mayor que el de cualquiera de sus hermanos. Herrerista de profunda convicción, fue electo edil en 1926 y diputado en 1931 por el departamento de Lavalleja, en la lista 25 del Partido Nacional. Apoyó el golpe de Estado de Gabriel Terra y fue designado miembro de la Comisión Constituyente que reformó el texto que se había aprobado en 1919. Esta militancia lo alejó algo de algunos de sus hermanos, en particular de Santiago, blanco independiente, sin que esas discrepancias políticas llegasen a afectar el lazo filial. Fue miembro del Directorio del Partido Nacional desde 1931. En 1934 resultó reelecto para el período 1934-1938.

Su amplísima cultura, su prestigio y su señorío lo auparon hasta convertirlo en uno de los hombres de particular confianza del caudillo, y estableció una íntima amistad con Eduardo Víctor Haedo. Derrotado en 1942 por Osorio Martirena, se retiró a su finca en Cañada de Coto, donde vivió una existencia hogareña y apacible, pese a lo cual no volvió a publicar poesía. Según su esposa, si escribió bastante en aquellos años, pero esos papeles, por influencia de los factores mencionados anteriormente, deben considerarse perdidos para siempre.

Al advenir en Argentina el gobierno de Juan Domingo Perón, y pese a la notoria afinidad entre Herrera y el peronismo, Casas Araújo estableció amistad con el genial poeta y compositor

Atahualpa Yupanqui, que vivió exiliado algunos años de la década del 40 en Uruguay. El comunista militante que por entonces era Yupanqui, y el herrerrista de perfil conservador se llevaron, sin embargo, a las mil maravillas, aunados por el común amor a la poesía, la música y la belleza. En todos los aspectos, menos en uno: Casas Araújo conservaba, de su mocedad bohemia, el hábito noctámbulo que suele ser propio de los artistas; y Yupanqui, enamorado de la tierra y la naturaleza, se levantaba antes de la madrugada para ver el amanecer serrano, ese “degüello de soles” que cantaría en una de sus páginas más inspiradas. Y pretendía que sus amigos lo acompañaran, lo que provocaba pavor en el poeta minuano, que se acostaba después de la medianoche y se levantaba con el astro rey ya muy brillante bajo los cielos. Aquel desencuentro cronológico afectó la relación, sin llegar jamás a quebrarla, y Julio vivió el fin del ostracismo de su amigo y el retorno a su patria con alivio, por razones bastante menos altruistas que la natural alegría que el hecho sin duda le produjo.

A finales de la década del 40 fue designado integrante del Consejo de Enseñanza Primaria y Normal, y el matrimonio se radicó en Montevideo. Fue por esos mismos años —presidencia de Luis Batlle Berres— que el Directorio del Partido Nacional, a través de su amigo Haedo, le encargó una tarea en absoluto sencilla: escribir un poema que pudiera ser cantado con la música de la marcha *Tres Árboles*, de Gerardo Metallo, por entonces ya reconocida como distintiva del Partido, pero que no podía erigirse en himno por su carácter exclusivamente instrumental.

Metallo, que había nacido en Calabritto, sur de Italia, en 1871, había arribado al Uruguay en 1882, con 11 años, y se había convertido en un compositor de singular éxito, que con el tiempo alcanzaría dimensión internacional. Proveniente de una familia de músicos militares, dirigió varias bandas y orquestas de ese carácter en nuestro país, donde gozó de general aprecio y consideración. Fue fundador del conservatorio “Liceo musical Puccini” y uno de los fundadores de la Asociación General de Autores del Uruguay. Sus composiciones eran casi todas instrumentales, y algunas de ellas, como el vals “A ti” o el tango “El otario”, alcanzaron gran difusión. Muy blanco, tituló su célebre marcha “Tres Árboles” como “Gran Marcha Militar” opus 35, dedicada a mis amigos Adolfo y Miguel Garce”, y agregó una referencia expresa a la victoria de Diego Lamas en 1897. El maestro Metallo falleció en 1946.

Poner música a un poema es algo relativamente sencillo; en cambio, poner letra a una melodía previa resulta algo mucho más engorroso; la música, por su carácter abstracto, es más maleable que la palabra, y resulta tarea ímproba adaptar ésta a aquélla, máxime cuando se trabaja sobre una partitura compleja, que supone al menos cuatro secciones melódicas perfectamente separadas. Julio Casas Araújo puso manos a la obra y, junto a ellas, todo su talento, su oficio y su pasión blanca, y el resultado, más allá de significados políticos, es una obra maestra. La introducción, que era la melodía más identificable de la pieza, quedó como parte meramente instrumental, y los versos ingresan al abrirse la melodía de la segunda sección, mucho más “cantabile”. Se ajustan a la partitura como guante hecho de medida, sin un sólo desplazamiento de acentuación ni forzados encabalgamientos.

El contenido de la letra es notable; asombra que, pensada como himno de un conglomerado político tan pasional y arraigado a su historia como el blanco, el poeta no haya hecho mención alguna, directa ni indirecta, a los próceres partidarios (Oribe, Leandro Gómez, Aparicio Saravia), la mera referencia de cuyos nombres suele provocar el entusiasmo de la feligresía, así como a ninguno de los mártires ni a los hechos históricos que constituyen timbres de legítimo orgullo para los blancos, como la defensa de Paysandú o el desembarco de los “22 de Lamas”. Ni siquiera a la propia batalla de *Tres Árboles*, ni a ninguna de las victorias militares de un

partido que durante más de setenta años anduvo por las cuchillas, lanza en ristre.

Casas Araújo prefirió poner énfasis en los ideales permanentes de su colectividad histórica, aquellos que dan sentido a su pervivencia, con particular cuidado por la reivindicación de esa justicia social de la que el batllismo, por entonces, afirmaba ser solitario paladín. Y, por supuesto, en la libertad, cuya defensa ha sido uno de los signos identificatorios del partido de Oribe. "Nuestro canto es canción de libertad" es un verso que se repite y alcanza dimensiones de proclama al sostener que "enronquece el clarín de la altivez", entendida ésta, como los desbordes del poder del Estado. La permanente alusión al pueblo trabajador, al "dril de las blusas del taller" (palabra ésta que se emplea en dos ocasiones), a los campos y a la escuela, están subrayando la intencionalidad de apartar la imagen partidaria de todo rastro de afinidad aristocratizante y de enraizarla con las más hondas aspiraciones populares, de las cuales la más sentida es la "justiciera promesa de igualdad", obtenida en un país ubérrimo, cuyos campos estarán "dorados por la mies". Todo ello, desde luego, "bajo el fuego sagrado de la ley", cerrados ya para siempre los caminos de las patriadas; ley que, si a todos protegía por igual, era porque cien años atrás un naciente partido político había adoptado como definición esencial de su lucha la de constituirse en "defensor de las leyes".

Con inteligencia, el poeta elude toda referencia a líderes, caudillos o conductores; el Partido son "las muchedumbres iluminadas" por la fe y los ideales, una empresa esencialmente colectiva e impersonal, condenada, precisamente a causa de ello, inevitablemente a la victoria. Esas muchedumbres que agitan las banderas gloriosas del partido emblematizan el sostén del honor como cualidad ética imprescindible, forjada en el cumplimiento del deber colectivo e individual; timbre de particular significado para una fuerza que proclamaba, desde las divisas de sus servidores, la "unión de los orientales honestos".

Y por fin, como respuesta elíptica a los adversarios que afirmaban ser los parteros del porvenir y del progreso, una vibrante referencia a la "juventud radiante" —vaya adjetivo cargado de elocuencia y funcional respecto a la idea que quiere transmitirse—, la que da "todo por la Patria", al concebir la vida como una lucha sin tregua ni desmayo: "Vivir es combatir", dice el verso, colocado en la cima de una ondulación melódica ascendente, lo que provoca que su impacto se incremente de manera formidable. Combatir, en fin, para obtener el objetivo último: el triunfo de la divisa blanca, que simboliza la libertad, el anhelo de justicia, el sostén del honor, la defensa de la ley, el protagonismo de las muchedumbres y el impulso irresistible de la juventud, nuncio de un porvenir anhelado de abundancia y fraternidad. Sin echar mano a la historia más que en términos muy generales, sin atacar directamente a ninguno de los adversarios, manejando ideas y valores, se había forjado la más inteligente y rotunda afirmación de la vigencia de una fuerza cívica. Sus correligionarios no tardaron en asumir aquellas ardientes palabras como propias, y desde ese día, Julio Casas Araújo es, aún para quienes lo ignoran todo sobre su personalidad y su trayectoria, el poeta del Partido Nacional.

En 1954 se inició lo que sería la última etapa de la vida de este ciudadano singularísimo: su labor como diplomático. El gobierno del segundo colegiado, cuya primera presidencia correspondiera a don Luis Batlle Berres, lo nombró embajador en la República de Ecuador. No sólo impresionó a todos, en aquel país, con su aspecto de hidalgo y la elegancia expresada a gritos en su apariencia y en su espíritu, sino que cumplió su misión con impecable competencia y alto sentido de la responsabilidad. Los informes que enviaba a su gobierno, según el dirigente blanco Alejandro Zorrilla de San Martín, eran verdaderas obras de orfebrería literaria.

En 1958, sin embargo, tuvo una tarea mucho más ardua cuando se le designó embajador y

ministro plenipotenciario en la República de Cuba, por entonces aún sometida a la dictadura de Fulgencio Batista y en plena guerra civil ante la rampante potencialidad de los guerrilleros de Sierra Maestra liderados por Fidel Castro.

Fiel a las mejores tradiciones del Uruguay, Casas Araújo dio asilo en la embajada a todos los que se sentían perseguidos o amenazados, con tanta generosidad que llegó un momento en el que prácticamente no cabía, en el edificio de la calle 8 número 118 del barrio Marianao, de La Habana, ni un mísero alfiler. Semejante generosidad no podía ser aceptada de buen grado por una dictadura singularmente corrompida y ya en pleno proceso de desintegración; y desde luego, no lo fue. La embajada y el domicilio particular del matrimonio Casas Araújo comenzaron a verse inundados de mensajes anónimos y llamadas telefónicas que amenazaban de muerte al embajador y a su esposa. Por supuesto, las autoridades del país hacían como los primates del cuento: no veo, no oigo, no hablo. La situación se puso difícil, pero si los personeros del régimen llegaron a imaginarse que podían intimidar al representante de un pequeño país perdido en los mares del sur, se equivocaron de medio a medio.

Julio Casas Araújo, detrás de su aparente fragilidad —tenía entonces 63 años— y de sus modales exquisitos escondía un carácter adamantino y una inquebrantable firmeza de convicciones. Continuó actuando como hasta entonces y siguió haciendo vida normal, sin pedir garantías ni protección de especie alguna. Eso sí —y esto se lo escuché narrar personalmente a él—, cuando salía a la calle, llevaba siempre un revólver en el bolsillo; pero un revólver agarrado fuertemente con su mano derecha, para prevenir cualquier eventualidad.

Una tarde, llegó a la legación un señor y dijo que llevaba un regalo para el señor embajador; uno de los famosos habanos de la isla. Cuando se le preguntó quién lo enviaba, respondió ambiguamente que “un amigo”, e insistió en que se entregase a su destinatario. El empleado accedió y le llevó el puro a Casas Araújo; éste, sospechando tal vez hallarse ante algún artilugio peligroso, lo abrió, y en su interior halló un mensaje breve y lacónico: “Por favor, reciba a este hombre”. La firma era un monosílabo: “Ché”. Pese a que, como ya se ha señalado, el edificio no podía albergar más refugiados, el portador del mensaje fue admitido, porque donde comen y viven 20 pueden también hacerlo 21. Rubén Losa Aguerrebere, que fue quien me narró esta anécdota, llegó a ver el mensaje, que el ya por entonces ex embajador conservaba como un tesoro.

Cuando se produjo la victoria de los revolucionarios de Sierra Maestra los refugiados recuperaron la libertad; pero muy poco después comenzaron a pedir asilo los decepcionados, los disconformes y los perseguidos de un régimen que avanzó velozmente hacia el totalitarismo; la embajada uruguaya volvió a colmarse, ahora de adversarios del comunismo y de partidarios del dictador depuesto, porque el responsable de la misma guardó la más estricta y pulcra neutralidad, como era su deber. Ello le ocasionó problemas con el nuevo gobierno, pese a lo cual Casas Araújo, herrerrista y esencialmente conservador, conservó siempre un gratísimo recuerdo de aquella revolución, a la que lo escuché definir alguna vez como “lo más hermoso que he vivido a lo largo de mi carrera”.

En 1961 marchó a asumir lo que sería su último destino diplomático: la representación del Uruguay, como Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el reino de España. Permaneció en ese cargo hasta su retiro al cumplir 70 años, y llegó a ser Decano del cuerpo diplomático acreditado en ese país. Tal vez nunca disfrutó de tanta admiración y respeto como en aquellos años, en los que de hecho se convirtió, por el mero peso de su “savoir faire” y su encanto personal, en el introductor y ambientador de todos sus colegas más jóvenes. Estableció una estrecha amistad con Manuel Fraga Iribarne, por entonces expresión del ala más liberal de

la dictadura de Francisco Franco, pero mantuvo relaciones corteses y fluidas con personalidades de todos los sectores y tendencias políticas. Junto a su esposa, recorrieron Europa, incluyendo la Unión Soviética, país en el que se negó a informar a las autoridades su plan de estancia, que pretendían exigirle declarar.

En 1963 asiló en la embajada al escritor José Bergamín, para quien logró un salvoconducto que le permitió trasladarse a Uruguay. Julio nunca simpatizó con este personaje, tan admirado por algunos intelectuales uruguayos, que gustaba de adoptar poses extravagantes y se definía como un católico comunista: "Con los comunistas, hasta la muerte... pero no más allá", era una de sus frases pretendidamente ingeniosas. Siempre sospechó que su decisión de solicitar asilo había sido una maniobra política concertada y que, en realidad, Bergamín nunca había corrido real peligro.

La narración de este acontecimiento, en los términos más despectivos hacia el Uruguay, lo realizó el político socialista Enrique Tierno Galván, que luego de la muerte de Franco y la apertura democrática sería alcalde de Madrid y al que personalmente no vacilo en calificar de pavo real pretencioso y pedante, a la par de ignaro. En una autobiografía que tituló *Cabos sueltos*, Tierno Galván se autoatribuye haber sido principal responsable de la seguridad de Bergamín, y dice que "por entonces supimos que Uruguay estaba concediendo asilo", como si se tratase de un hecho accidental o excepcional y no de una tradición tan antigua como el propio país. Cuando el solicitante llegó a la embajada, acompañado por Tierno y otros amigos, Casas Araújo no estaba, y los atendió su esposa; el autor de *Cabos sueltos* la describe como una pobre mujer superada por el hecho, y se toma la libertad de hacer comentarios sardónicos de pésimo gusto sobre ella. Por una de esas inexplicables generosidades de este país nuestro, que a veces se confunde con simple estulticia, hoy en día una calle de Montevideo lleva el nombre de Enrique Tierno Galván. José Bergamín regresó a su patria en 1970, 5 años antes de la muerte de Franco, y no le pasó absolutamente nada.

Los últimos tiempos de su rica y fecunda existencia los pasó don Julio en su hogar minuano, dedicado a ordenar recuerdos, a jugar al billar y al dominó en el club Minas y a envejecer en paz. Todavía, según me han contado, protagonizó un acto de noble rebeldía cuando alguna autoridad de dicho club amagó tener un gesto de discriminación racial con un deportista de raza negra; Casas Araújo amenazó con darse de baja de la institución, y logró que el hecho quedara sin efecto. Falleció la madrugada del 27 de marzo de 1974, cuando aún no había cumplido los 79 años; era el último superviviente de la "generación de Bajo la misma sombra", y de su familia directa sólo lo sobrevivía su hermano Rodolfo. Siendo como era una personalidad ilustre, hizo mutis por el foro con la misma discreción y el mismo perfil bajo que había constituido su estilo a lo largo de su vida.

Hoy, su figura se halla casi olvidada, tanto en su dimensión de poeta de singular brillo como en el de legislador y brillante diplomático. Y sin embargo, cada vez que en un acto del Partido Nacional la muchedumbre iluminada entona los versos de la Marcha Tres Árboles, este ilustre compatriota debe esbozar apenas una sonrisa, en el lugar y sereno y fresco de las serranías por los que seguramente vaga su espíritu; después de todo, y con la excepción de Francisco Acuña de Figueroa, es el poeta cuyos versos han pasado por más gargantas en la historia de este país, lo que no es ciertamente una distinción menor. Y es y será por los siglos de los siglos, de ello no me cabe la menor duda, el poeta del Partido Nacional. El pueblo blanco, ha asumido colectivamente su bellísimo poema y lo ha hecho suyo, olvidando el nombre de su autor. Dicen que esa es la máxima gloria a la que puede aspirar un artista. ■